

Raúl Guerra Garrido
La carta

Alianza editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Raúl Guerra Garrido, 1990
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2007, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-343-8
Depósito legal: M. 8.567-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Los personajes y hechos que en esta novela se describen son ficticios. Todo parecido con la realidad es una coincidencia inevitable.

Primero vinieron los nazis y se llevaron a los judíos.
Naturalmente yo no protesté porque yo no era judío.
Después vinieron y se llevaron también a los comunistas.
Yo tampoco protesté porque yo no era comunista.
Luego vinieron y nos llevaron a todos.
Entonces sí protesté. Pero ya era tarde.

BERTOLT BRECHT

(Graffiti en una pared de Eibain, en vísperas de la manifestación del 18 de marzo. Amaneció tachado por enérgico trazo y con la siguiente nota a pie de autor: «da la cara, fascista».)

Treinta

El salvable obstáculo se alza ante mi vista como símbolo de los malos pensamientos que durante todo el día vienen ocupando mi raciocinio. No tan malos como grises e indefinidos me rondaban desde hace tiempo, podría precisarlo en doce meses y unas cuantas horas, hasta que por fin hoy se han aposentado en mí de una impertinente forma cuasi exclusiva. La frágil barricada que se extiende de uno a otro lado de la carretera metaforiza mi alto en el camino, el de una pausa para la reflexión que debería concederme y no me atrevo a realizar. ¿A qué altura estoy y cuánto me queda por recorrer? Desde luego más allá de la referencia dantesca del *nel mezzo del cammin*, hermoso sello de doce liras, Divina Comedia, Poste Italiane. Por delante y en doble fila tengo una veintena de coches, todos quietos pero con el motor en marcha, entre ellos distingo el Toyota rojo de la apresurada pareja que me adelantó en el cambio de rasante de Gaintxurizketa; me congratulo de ver frenada su estúpida urgencia. Por el retrovisor compruebo cómo la cola se va incrementando con nuevos aportes de turismos, furgonetas de reparto, coches de

línea, hasta que un mastodóntico trailer Lisboa-København-Tir me oculta el panorama. La barrera en sí misma es de lo más inocente, unas pocas tablas, un montón de ladrillos y las basuras de un contenedor volcado; materialmente se podría cruzar por el centro con el único improbable riesgo de un pinchazo, y por el más despejado borde de la calzada aun sin ese peligro, pero nadie se decide a hacerlo por la presencia de las vigilantes sombras que aguardan sobre las aceras, un no muy numeroso grupo de jovenzuelos, sin duda alguna todos ellos menores de edad. Al que ahora rellena el hueco del arcén con un nuevo aporte de ladrillos le calculo quince abriles. Se le ve pletórico dentro de sus prietos vaqueros. No voy a caer en la tentación de aprovechar la pausa para meditar en aquello que más me concierne y tanto me desasosiega, tiempo tendré para ello en la fiesta que me ha preparado Eburne y más aún cuando me vaya a la cama. Confío en no retrasarme demasiado, depende de lo que aquí ocurra, pero lo que de veras me inspira confianza es la argucia de, una vez en casa, alcanzar rápido el suficiente nivel de alcohol en sangre como para no darle más vueltas al asunto. Ni durante su celebración ni mucho menos al encamarme. El reloj del salpicadero parpadea las 8.05 p.m. No creo se prolongue mucho la espera, estamos en la entrada norte de la ciudad, en el bucle entre el puerto y la autopista, y las retenciones tan próximas al casco urbano suelen ser clamorosas pero breves. Con excepciones. De demorarse será cuestión de dar la vuelta por el Parque de Bidebieta y a través de la variante de la autopista entrar por lo antiguo, solución eficaz pero engorrosa. Lo de recorrer la variante en dirección contraria, aunque sea en caravana, es siempre inseguro. No sería la primera vez, pero tampoco sería el primer roce a beneficio carrocero. La gente

no da la vuelta no porque la maniobra sea compleja, con el tapón actual ya lo es, sino porque confía en la vulnerabilidad de la barricada y en la poca paciencia de los chavales; pueden desaparecer de un momento a otro, por puro aburrimiento si no entran en acción o por evitar una hipotética policía que pocas veces se inmiscuye en tan triviales asuntos, máxime cuando la responsabilidad de a cuál de ellas corresponde el despejar el tráfico semiurbano es un secreto sumarial. Los motoricones municipales, así les llama Nita, bastante tienen con perseguir a los criminales que aparcan en doble fila. No es demasiado el riesgo y alguien se atreverá. La gente espera, esperamos, a que se decida un primer coche: en los bailes de las salas de fiestas, en los años cincuenta, nadie salía a la pista hasta que no se decidía una primera pareja. Después todas las demás la seguíamos en turbamulta. Cuando crucé la pista del Casino de Tolosa y la saqué a bailar sonaba el *Only You* de los Platters, no había ni un alma en el inmenso y decrepito salón, la anécdota es parte esencial de mi melancolía, tanta juventud sollozando impotente en nuestros ojos. No es una barricada dura, de esas con hierros como lanzas, neumáticos ardiendo y autobuses cruzados; tampoco hay manifestantes mesiánicos, fuera de sí, con las mismas ganas de dar con un chivo expiatorio como de convertirse en víctimas propiciatorias, por eso confiamos en que alguien se decida a pasar, si se decide uno los demás le seguiremos a diez kilómetros/hora pero incontenibles. Salvo causa de fuerza mayor. Comienza a llover, es una lluvia de gotas mansas, diminutas, espaciadas, lo cual no impide que terminen cubriendo los cristales y difuminando el paisaje. Al atravesar los haces de luz relampaguean nerviosos como luciérnagas de nuestra impaciencia. Ninguna otra manifestación se hace ostensible, ni siquiera el rugido de los

cláxones. Si el atasco lo hubiera producido un accidente o un control de cualquier otro tipo ahora estaríamos sumidos en el estruendo de mil iracundos decibelios. Contra la luz de los faros restallan luciérnagas de impotencia. La verdad es que no me preocupa el retraso, lo de celebrarlo por todo lo alto fue idea de Edurne; quizá, además de por lo mío, para comprobar cómo resiste el nuevo piso el impacto de una fiesta, por matar dos pájaros con un vino. No estoy de demasiado buen genio y cuanto más breve sea mi estancia en el dichoso guateque mejor para mí, comprendo que es ley de vida, pero una cosa es que procure encajarlo con dignidad y otra que lo conmemore. La fuerza de las cosas radica a partes iguales en su contumacia y en nuestra mansedumbre, de ahí la peregrina idea de que una barricada divide a los ciudadanos en indignos e indignados. La lluvia suele abreviar estos trámites y, en efecto, un coche parece decidirse; es el Toyota de la pareja con suicidas urgencias, por una vez su prisa también será útil a los demás. Maniobra hasta encararse en primera fila con los tablones, tras ellos parece irse organizando la caravana. Apenas sus ruedas han hollado el salvable obstáculo cuando un objeto contundente rebota sobre su capó y otro le triza el parabrisas. Del rojo bólido desciende airado un joven de barba y atuendo deportivo. No diviso muy bien la escena pero no es difícil de intuir, gesticula, se le aproximan las amenazantes formas adolescentes con cualquier cosa abultando sus jeans y los insultos degeneran en un intercambio de golpes; son varios y le van a dar una paliza. Se aborta el amago móvil de la caravana y nadie abandona el volante que ocupa a sus manos cómplices como no sea para conectar la radio; fijar vista y atención en el dial es una buena coartada para no enterarse de lo que ocurre, tan buena como rebuscar algún objeto en la

alfombrilla o los asientos traseros. Con descender todos de los vehículos y repartir unos cuantos sopapos asunto concluido, puede que incluso bastara con el ademán de descender, pero nadie lo hace. Ni me muevo ni me avergüenzo y eso es algo que incrementa mi mal sabor de boca, llegaré tarde a casa y con un humor de perros. Llueve. Le están dando una soberana paliza y la reacción no se hace esperar. Es un suicida, nadie tiene el tiempo libre necesario como para enfrascarse en una pelea o, lo que es peor, convertirse en testigo de un gilipollas. Giran los volantes, hay un fulgor de intermitencias, y en medio de un no desdeñable atasco cada cual procura enfilar la variante para, dosificando el riesgo de la marcha en dirección contraria, alcanzar la autopista que le conduzca sano y salvo hasta su dulce hogar. Evito el choque con la furgoneta de un servicio a domicilio pero no con la siguiente, la de un taller mecánico; el impacto no pasará de una simple abolladura, calculo para no terminar de enfurecerme conmigo mismo. Por la misma razón, por distraerme del agobio, filosofo sobre el problema demográfico, el bucle serpentea entre los decrepitos rascacielos suburbanos de Altza y los residenciales del Parque de Bibedieta, no se necesita un gran esfuerzo para provocar el caos en tal desorden establecido. Todas esas colmenas de la inmigración comenzaron a construirse el año en que llegué a la provincia, me descorazona el cálculo de cuántos han pasado desde entonces y me concentro en la ruta. Le están dando una soberana paliza y allí le dejamos, solo en contra de los elementos. Arrecia la lluvia y la circulación por la variante se hace más peligrosa que en ocasiones anteriores, rodamos en fila india, a cámara lentísima, pegados al arcén de la izquierda, deslumbrados por las sorprendidas luces largas de quienes, al contrario que nosotros, abandonan la ciudad.

Veintinueve

Llueve con mansa obstinación sobre la ciudad, se empapan sin sobresalto las fachadas, las ropas, las esperanzas, como tatuajes se adhieren al suelo las áureas hojas caídas de árboles todavía en pie. Va a ser un invierno muy húmedo, pronóstico seguro de acertar, no recuerdo uno que no lo haya sido. Aparco el coche y corro hacia el portal de mi casa con la gabardina sobre los hombros; la urgencia no me priva de dar el acostumbrado vistazo a lo largo de la calle, desde hace tanto conocida pero desde hace poco mi calle, no hará ni seis meses que nos trasladamos a vivir aquí. Contemplo un fastuoso entorno que debiera enorgullecerme, el distrito es un remite de categoría, pero no es sólo promoción lo que me motivó al traslado. Edificios nobles de geometría neoclásica, adornos modernistas y mansardas afrancesadas y en medio el bien nacido encanto victoriano de los puentes que van depositando con obstinada mansedumbre las aguas del río en la mar del fondo. Se la ve rizada, plumiza, confundida con las nubes. Me gusta la calle, el río, la mar, según no sé quién lo peor de cada sitio son sus habitantes. Llueve con especial delectación

sobre las desnudas carnes de piedra de los gordezuelos que rubines que sostienen la aparatosa heráldica de las balastradas. Las farolas son de orfebrería y por encima de su luminosidad se observa la silueta de las espadañas laicas, los templetes con que se rematan las casas de la otra orilla. En estos días melancólicos el río se asemeja al Sena. En el cuarto piso, procedente de la puerta de la izquierda, de mi hogar, hay un inequívoco rumor de fiesta. Abro silente, como si fuera posible el deslizarme inadvertido, y me doy de bruces con Josean. «Joder, qué susto», digo. Literalmente en sus manos, por más que las mantenga ocupadas con una botella y dos copas vacías.

—Te he visto llegar.

Manos amplias de pelotari y a pesar de ello al servir, por la euforia, derrama un chorrito de vino sobre la alfombra killy. «Si se entera Edurne te estrangula», bromeo. Es un brindis apresurado.

—Quiero ser el primero, soy el único de la cuadrilla que pasó la raya y sé cómo te sientes, pero al carajo chico. Felicidades.

Es un Viña Tondonia del setenta, buena cosecha, su favorito. Deja en el paladar un retrogusto muelle y cálido, de vitalidad y roble, pasa garganta abajo estimulando los instintos y se asienta en la introánima, o sea en el estómago, con la educación propia de su buena crianza. «Se agradece», digo. Levanta la botella con ademán de haber triunfado en un Grand Prix.

—Mi regalo. Cuatro docenas como esta más otras dos botellas de propina. Mejor que una tarta con otras tantas velitas, ¿no?

—No puedo aceptarlo, es tu gran reserva. Me lo ibas a reprochar durante toda tu vida.

—Venga, hombre, pero si pienso bebérmelas yo. Tú y los otros seis sois unos flojos.

Lo mejor de cada sitio son los amigos. Con el segundo trago en la boca irrumpen todos los participantes en el festejo por la puerta del comedor que da al vestíbulo en que nos encontramos. Por entre las sonrisas y las felicidades una porcelana se triza, repica en el suelo y Edurne hace oídos sordos a uno de sus dos jarrones recuerdo de Florencia. Conoce mi estado de ánimo y no consentirá que un simple bibelot relaje la tensión de la camaradería que ha forjado a golpe de teléfono con tremebundas amenazas para quien falle en mi día. Me abraza. La beso en los labios. Se nos unen los hijos y mi yerno se adhiere a la piña simulando el mismo gesto de cariño. No nos caemos bien y la mala caída parece tan insalvable como la de la cerámica italiana. Pasamos al salón; desprendido de los abrazos familiares son los de los amigos, Íñigo y Pepe, además de Josean, por los que me deslizo. Castos besos a sus santas esposas, respectivamente Mari Loli, Maite e Izaskun. La moral es una costumbre, de casadas habrán besado a más hombres, así o de cualquier otra forma, que de solteras. A la amona, a mi suegra, le seguirá pareciendo indecente; en Eibain, cuando ella era joven, sólo el baile a lo suelto no era pecado. Cuánto tiempo y ese es justo el tema a evitar, no quiero contar los años que hace de nada, por eso bebo apresurado mi tercer Rioja, tinto y espeso, antes de agacharme a saludarla. El reuma postra a doña Yolanda en la mecedora cada vez que soy yo el protagonista, es una sutil forma de cotizar el valor de su préstamo y marcar las distancias. Alrededor se entrecruza el fuego graneado de conversaciones monotemáticas.

—No hay que darle importancia al hecho de cumplirlos, los años nos hacen más sabios, no más viejos.

—Y cada edad tiene su encanto. Hay que saberle sacar partido, eso es todo. No querer aparentar la que no se tiene es la condición previa para disfrutarla.

—Se conserva de miedo, está muy bien para los que ha cumplido.

—Realmente es ahora cuando comienza la vida, al menos para los que ya somos mayores.

No intervengo, floto como un extraño en el paraíso, es la música ambiental que ha elegido Eburne no sé si como indirecto recuerdo de los Platters. En vez de a Frank Sinatra habría preferido a los Saint Martin-in-the-Fields, el Mozart de nuestros íntimos desayunos, soy un advenedizo y los clásicos no pueden evocarme aún ningún tiempo pasado. Todavía no me he acostumbrado a la cotidianeidad del nuevo piso, los cuadros son los mismos, firmas epígonas de Arteta, y algunos muebles también, pero su disposición es otra; los detalles todavía no han creado el instintivo reflejo que los transmuta en confort. No estoy seguro de que el material sintético de los muebles funcionales casi por estrenar combine de forma armónica con las vetustas maderas procedentes del caserío Echeverri, casa solariega de los papeleros del mismo nombre, mis suegros, de donde pasaron al apartamento de Eibain y de donde los hemos traído con nosotros. El taquillón de roble, el sofá-cama de cerezo silvestre, la manka, el vasijero y el aparador de nogal, todos con adornos populares de lauburus y estrellas, muebles rústicos pero sólidos y entrañables con los que me he encariñado. La música es un recuerdo, el más antiguo el de la voz del ángel repicando por las laderas del valle.

—Por cierto, Josean, ¿te ofertaron los alemanes? Andan como locos por meterse en la fabricación de muebles, en lo que sea, nos van a comprar hasta las entretelas.

—Eso a Luis.

—No hablemos de negocios...

Los amigos son para las ocasiones y así se portan, ni me recriminan el retraso de la cena ni me cantan el cumpleaños feliz, los adoro. Ellos beben vino y ellas cava, ningún vaso vacío, todos tenemos prisa por alcanzar ese grado de exaltación conspicua por donde el sobrentendido anula al raciocinio y la charla es un placer aunque se discuta de lo que los contertulios ignoran, es tan cómoda la ignorancia. Floto como un globo cautivo, la mano de Edurne me conduce a través de las palabras ajenas a las que debería corresponder, al menos intervenir por cumplido, lástima que no esté borracho todavía. Me lleva al dormitorio y se lo agradezco. Quedan atrás, en ráfagas cruzadas.

—He visto a Mari en la Avenida y menudo apuro, iba pintada de una forma y con una falda. No sé en qué está pensando esa mujer, a sus años, tan corta, me paré un momento a saludarla, sólo un momento.

—Mujer, las separadas...

—El puente del viernes deberíamos aprovecharlo para ir a Burgos, llevamos la tira diciendo lo de ir a pasar una noche en el Landa.

—Tu padre es un gran hombre, Yoli.

Me siento sobre la cama y respiro. No es mal ambiente el íntimo de la alcoba para enfrentarse a la realidad. Edurne me explica las peripecias de los preparativos, las llamadas, el menú, mientras me pasa regalos y correspondencia. Mecánicamente abro el sobre de El Corte Inglés, su ordenador impersonal recordó la onomástica e imprimió el mensaje, no me ofendo porque también yo felicito a mis mejores clientes con la misma cibernética cordialidad. No leo ninguna otra

carta. La campana de Peñalba, la voz del ángel fundida en bronce, en mis infantiles seis de noviembre, repicaba en el Valle del Silencio con una tristeza infinita, es la más antigua música de mi onomástica que recuerdo. Ausente del mundo pienso en lo que me hiere. Envejezco y ese mundo alrededor nace con cada nuevo día: estoy cumpliendo cincuenta años, lo cual es atravesar el umbral de la historia, caer en su vértigo puesto que se mide por siglos y ya tengo medio. Supuse que me sentaría fatal, pero su efecto depresor ha superado con creces la expectativa, me deprime. No tengo razones objetivas para sentirme viejo de pronto, en el guiño que va de la noche de ayer a la mañana de hoy; me encuentro en forma, eyaculo con precisión, amplío el negocio, la familia resiste, hago proyectos y, sin embargo, lo redondo de la cifra cincuenta me anonada. Su guarismo me demuestra aritméticamente que no se corresponde con *nel mezzo del cammin de nostra vita* que quisiera: lo más y mejor ya pasó. ¿A partir de ahora mismo qué me queda? Un absurdo y firme sentimiento de culpa, un remordimiento ambiguo por lo hecho y cruelísimo por lo que no hice. Si a cada acción positiva le acompaña indisoluble un desperdicio, mi culpabilidad por cumplir cincuenta años me lleva a sentirme escoria. Me queda lo amortizado, lo desechable, el subproducto. Quizá con el tiempo alcance el único remedio posible, la costumbre. No sé ya el número que hace el Viña Tondonia que apuro de un trago.

—¿Te encuentras bien?

—Atiende a nuestros invitados, me arreglo y en cinco minutos estoy con vosotros.

No voy a cambiarme, no me encuentro con fuerzas para enfrentarme con mi alma reflejada en la imagen de un espejo.

Aparto los sobres de la correspondencia y me demoro en el del espléndido regalo de Íñigo, le habrá costado un huevo. Varias series de Premios Nobel. Colecciono sellos y conforme al hábito mi manía filatélica es monotemática: personajes ilustres. El pelo blanco y abundante confiere un aura de serenidad a su rostro varonil, tallado en líneas firmes y voluntariosas es de una fría belleza; la voluminosa frente, los agresivos pómulos y el rotundo mentón hablan de un carácter indomable que una mirada tímida humaniza y al que un bigote, también blanco, dota de elegancia diplomática. Habría podido ser el embajador de cualquier país nórdico en donde su apellido fuera pronunciable, pero es su Premio Nobel de Medicina de 1929. Christiaan Eijkman. No localizo su patria, lo cual nada me inquieta, al contrario, es agradable tropezarse con un ilustre apátrida, cada vez que alguien nos menta a la patria a continuación cita a la muerte. La emisión postal es de Grenada, bellísima. Todas las series lo son, es un magnífico regalo y entre tanto famoso me pregunto por qué me he fijado en este para mí desconocido. ¿Qué estaría haciendo a mi edad, la que aparenta en el sello? Es el vértigo de lo inaprehensible. El hombre que al llegar a los cincuenta no se ha dado a conocer no es digno de que se le mire con respeto. La frase es de Confucio (35 M. Deutsche Bundespost), pero mucho me temo no esté confundida. Me lavo la cara pero no los dientes, no quiero perder el cómplice regusto que del cielo vino. De buena gana me quedaría clasificando los sellos.

—Es original, habéis tenido muy buena idea.

Sobre la mesa de verdad, la de roble, no la del centro de metacrilato o lo que fuere, se extienden estéticamente distribuidos los entremeses fríos y calientes, la carne, los postres, las bebidas, todo listo para que cada cual se aprovisione

según le plazca. No tengo apetito. El bufé nos lo sirve Azurmendi; de su servicio completo, incluida la cubertería, Edurne sólo ha prescindido de los dos camareros, «nos iban a restar intimidad». De la doncella no, es quien se encarga del trabajo sucio en la cocina. Me limito a probar un pimiento relleno de crabarroca, excelente si no tuviera que sostener el plato con la mano con que teóricamente debería poderme limpiar los labios. Estoy con los míos, propagan a su alrededor ondas apacibles que evocan el reposo de una noche frente al fuego en el campo y, sin embargo, no estoy a gusto dentro de mi piel. Más no pueden hacer por complacerme, las mujeres se han puesto de largo y los hombres lucen sus trajes comprados en Echeverri Casas, un detalle. Luis, mi primogénito, no oculta su rechazo a la burguesía a que pertenece, desentona vistiendo chaqueta de punto, pantalón de pana y adidas de cierre velcro: el calzar tenis ha desplazado a la barba como emblema de la protesta juvenil. Gracias a esa moda lo que antes llamábamos playeras han puesto su precio por las nubes, creo que en la nueva tienda voy a dedicar más espacio al calzado, quizá un escaparate, a ver cómo funciona.

—Espléndido el rosbif, y con esta guarnición de legumbres perfecto. Muy buena idea, sí señor.

El invitar en este país a una cena en plan bufé es una audacia que se aproxima a la ofensa, son los inconvenientes de un piso aún sin montar y los amigos la encajan con espíritu deportivo; decir que un rosbif es aceptable es firmar un pacto de amistad perenne.

—¿Has visto los sellos?

Debería haberle dado las gracias a Iñigo, estoy quedando como un grosero, pero es que en esta noche mis contradicciones sin conciliar me agobian hasta la náusea. Hablar me

cuesta un esfuerzo ímprobo, no veo el momento de quedarme solo.

—Son una maravilla pero te habrán costado un huevo, ¿no? El domingo, en la Constitución, vi una de las series y ni me atreví a preguntar cuánto.

—Venga, Luis, no me llores que las cosas te marchan viento en popa. La apertura de la nueva tienda hasta te la anuncia Vidaurre en su sección del *Diario*.

—Es un viejo amigo. Aquí todos nos hacemos viejos.

—Y allí, no te digo. Lo único malo de envejecer es estar casado con una ancianita.

—Serás imbécil, carcamal, peor es tener que estar casada con un abuelo.

No había pensado en tal hecatombe, supongo que también costará lo suyo encajarla, sobre todo cuando no se tiene el pundonor en los cromosomas. Los Beldarrain, Mari Loli y Josean, son la única pareja del grupo con un nieto y sobreviven con dignidad como demuestran sus autohalagadoras puyas. «De momento nosotros estamos a salvo», digo.

—Porque no queremos. Hasta que no termine Manu el máster en económicas no queremos tener familia.

Desde luego no es esta la noche del anfitrión y algunas relaciones son complicadas aunque sí lo fuera; me va a doler la cabeza. Yolanda, cariño, hija, no lo había dicho a mala uva, ya sabes que tu marido no es santo de mi devoción pero no estoy proclamando su impotencia, dejémoslo en que quise decir lo que dije y disculpa si te he ofendido. La lluvia repica sinfónica en los cristales del ventanal, abajo, en la ribera, las luces de las farolas semejan fuegos fatuos. «¿Whisky o coñac?», ofrezco.

—Yo sigo con el tinto.

—A mí ponme un Chivas. Y abre mi regalo, quiero amortizarlo.

Es el mismo Pepe quien abre la caja de lanceros Cohiba. Magnífico obsequio, son mis puros favoritos. Enciende el habano con el ritual que su categoría merece, exhalo la primera bocanada de humo y mi imaginación se enreda en sus volutas. El cigarro es una promesa de voluptuosidad total, un rito secreto mediante el cual el fumador se encuentra consigo mismo y se reconcilia con la naturaleza pero, por desgracia, a veces como en esta noche la promesa no se cumple. Fumamos los hombres nuestros puros y las mujeres pasan del cava al francés, les he descorchado un Bollinger. En ese momento la echo de menos.

—¿Y Nita?

—Ha tenido que salir, te estuvo esperando pero tenía un compromiso con los del curso, una despedida creo.

Mi hija pequeña es una encantadora jaqueca. No sé si fue en ese momento cuando pregunté por ella o me retiré de nuevo al dormitorio; tampoco sé si los dejé plantados o es que se fueron, pero tanto me da lo uno como lo otro. Estás medio borracho y el humo ciega tus ojos, no recuerdas ni el título de aquellas canciones, me dice la mitad vigil. Fumo con lánguidas, profundas chupadas, no va a haber quien duerma aquí esta noche. Ya ventilaré la habitación, ahora quiero olvidarme de que existo. Repaso los papeles dispersos sobre la cama como quien baraja aburrido antes de empezar el solitario, desfilan los nobeles rostros de Joliot-Curie, Bernard Shaw, Werner Heisenberg, Thomas Mann, Guglielmo Marconi, Rabindranath Tagore, Albert Einstein, Jacinto Benavente, debería deslumbrarme con su fama pero mi agoniosa cefalea los columbra opacos como naipes. La única faz que